



Erasmus Zarzuela

No hay vida si no hay crueldad y no hay Historia sin crueldad. Me había deslumbrado la propuesta de cambiar la vida, como pedía Rimbaud y de cambiar la Historia como pedía Marx, entre otro y al final mi viaje intelectual y culto descubría el motor incesante de crueldad que legitima tanto la una como la otra. Lo mejor es conformarse con la apariencia de la realidad y escoger sus facetas más placenteras y hermosas. Bastante hay con el infierno interior, esas arenas movedizas íntimas donde remordimientos e inseguridades se tragan tu propia entidad. ¡Si se pudiera extirpar la capacidad de mirar dentro de uno mismo!

Manuel Vásquez Montalbán en: Cuarteto.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez e.
erasmo zarzuela e.
coordinación: julia gárcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 54855 - 76816
e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

Fetiches

Se sabe que un fetiche es un objeto o animal al que se le atribuyen propiedades sobrenaturales, benéficas para quien lo posee.

No poseo ningún objeto al que de verdad pudiera atribuirle cualidades de fetiche, mucho menos de uno que me hubiese amparado a lo largo de la vida. Fuera de unas cuantas fotos y algunos libros, nada en mi casa procede de la infancia, de la adolescencia, de mi primera juventud. He tenido cuadros y me he despedido de ellos, no como quien se libera de un fardo pesado, pero con muy poca emoción. Tuve la fortuna de encontrar en mis viajes algunas joyas bibliográficas y también acabé por deshacerme de ellas. He vivido en muchas ciudades, lo que implica cambiar con frecuencia de casa; sólo una vez sentí dolor al abandonar una de ellas. Tal vez haya gozado la forma de inestabilidad en que vivía, y un placer de mercachifle al deshacerme de mis cosas. Sólo guardo cartas y no les atribuyo rango de fetiches.

Me encantaría que Sacho, un perro al que venero, fuera mi fetiche; por desgracia no es así. Cuando se me acerca veo en sus ojos que yo sí soy el suyo, el único, poderoso y absoluto fetiche que ha conocido en la vida. He recogido y a veces comprado pequeñas piedras, granos de ámbar, de jade, cuya pérdida ulterior por unos días me ha hecho sentir vulnerable a los peligros del mundo. Pero tal sensación se desvanece muy pronto. Creía, pues, en su poder protector, pero no en demasía. Donde vislumbro una potencia superior a toda razón es en la lectura. Si recibo una buena noticia mientras leo determinado libro ya éste no perderá jamás su poder de imantación ni su capacidad propiciatoria; de modo que en vísperas de un viaje, en espera de una decisión importante o de la entrega de una radiografía, por ejemplo, debo forzosamente repetir las lecturas que ya han demostrado sus virtudes. Mis cuatro libros propiciatorios decisivos son: El aleph, de Borges, The Duenna, de Richard Sheridan, La corte de Carlos IV y El equipaje del rey José de Benito Pérez Galdós.

Del mismo modo, he eliminado libros cuya lectura coincidió con alguna noticia funesta, un contratamiento grave o el anuncio de una indispensable intervención quirúrgica. Así he perdido libros de los que me hubiese parecido imposible poder desprenderme. De cualquier modo, considero que ha sido una fortuna que el rayo haya caído sobre escritores que siéndome muy importantes no han sido Cervantes, Rulfo, Sterne o Henry James, es decir aquéllos sin los cuales sería una tortura vivir. Eso añade a la frecuentación de mis autores favoritos una trémula incertidumbre, un escalofrío, una intensidad de emoción, ante el pavor de que algo nefasto pudiera ocurrir durante su lectura, que llegue intempestivamente un fax, una llamada telefónica, un visitante con noticias fatales, y tenga que verme obligado a despedirme de ellos para siempre.

Sergio Pitól.